

El poder de la oración

Corazon C. Aquino¹

Me preguntaron no hace mucho en una pequeña reunión de universitarios qué es lo que me gustaría que se continuara de mi vida de presidente. Contesté sin dudar que la costumbre de hacer oración.

Gracias a la oración, uno conoce la debilidad de la persona humana, sin tener en cuenta la importancia del cargo que él o ella desempeñen ni el mayor o menor poder que tengan. Cuanto más alto sea el cargo, cuanto mayor sea el poder, más se debe rezar.

Puedo ver algunas sonrisas en vuestras caras. Sin embargo, sin entrar a la cuestión de si hay alguien allá arriba escuchando nuestras oraciones, la persona que reza manifiesta que es sabia. Con la oración él admite su debilidad y que se puede equivocar, y –en cualquier caso– muestra su limitación para ejercitar el mando en un asunto importante. Si alguien tiene que valorar la importancia de la humildad en los asuntos importantes, son los europeos. Porque ellos han experimentado más que nadie el sentimiento de la propia responsabilidad a pesar de que las propias limitaciones fueran demasiado evidentes. Un europeo tan sólo tiene que recordar el orgullo y la presunción de aquéllos que perdieron tantos hombres en Galípoli, Somme o Caporetto.

Un rey inglés se enorgullecía antes de la batalla de que la menor parte de sus hombres estuvieran allá, porque así les tocaba a cada uno mayor cantidad de gloria. Cuando supo que había vencido a su enemigo, que era más poderoso, cayó de rodillas y dijo: "Dios tiene que ser alabado por ello, y no nuestras propias fuerzas". El efecto de la oración es dar sabiduría al que es valiente.

Todo el mundo tiene que rezar, al menos por la suerte de aquellos que tienen que soportar grandes y trágicos errores. ¿Qué más tienen que sufrir los débiles?

¹ Corazón Aquino fue presidente de Filipinas entre 1986 y 1992. Empezó importantes medidas para implantar la democracia después de muchos años de dictadura militar. Murió el 1 de agosto de 2009. Esta conferencia fue pronunciada el 5 de abril de 1993 en Roma ante los participantes del Congreso UNIV.

La oración me sostuvo en el poder. Fue la oración la que hizo soportar la cárcel a mi marido. Allí fue privado de todo. Como a Tomás Moro, le quitaron sus libros. Le negaron hasta el papel y la pluma para escribir. Le impidieron la visita de sus amigos; y el cariño y consuelo de su familia, a quienes también impidieron que le visitaran.

Es absolutamente cierto que le dejaron sólo con la ropa interior y que fue encerrado en una celda oscura, sin ventanas. Temía que cualquier noche pudiera ser sacado de su celda para cavar su propia tumba en la oscuridad, como les ocurrió a muchos que se oponían al gobierno.

Fue entonces –cuando lo había perdido todo– cuando encontró todo, a través de una puerta que se abría a ese mundo que le habían cerrado, y del que le habían expulsado.

Esa puerta era la oración: esa puerta pequeñita. En su juventud la podía haber despreciado. Cuando él estaba en la cumbre de la enorme popularidad como el más joven y competente político de su tiempo, y el sucesor más probable del hombre que le enviaría a prisión, le desterraría al exilio... y le mató en el mejor momento de su vida: el presidente y dictador.

“Si alguien tiene que valorar la importancia de la humildad en los asuntos importantes, son los europeos.”

En la soledad de su celda, era natural que considerara la extrema fragilidad de la condición humana. En la soledad de su protesta contra la dictadura, era inevitable que considerara la mutabilidad del apoyo popular y lo poco duradera que es la gloria.

Hubiera sido significativo si la oración –en vez del sufrimiento– le hubiera abierto sus ojos, mientras gozaba de popularidad política en su país. Pero se dio cuenta de la soledad y debilidad del hombre, sólo cuando le habían abandonado sus seguidores; sufrió el cambio del destino cuando la fortuna dio la vuelta.

La oración debería haberle enseñado la tontería que es construir una fortaleza de arena o un poder duradero aprovechando las circunstancias del momento. Pero estas verdades no le fueron enseñadas hasta que perdió todo, y todo lo que veía eran las cuatro blancas paredes de su celda.

Por tanto, cuando llegó la oración, no fue para darle lecciones de humildad. Porque ya se la había enseñado el sufrimiento. Vino a animarle y a llenarle de un santo orgullo. No vino para mostrarle de nuevo la pequeñez del poder humano, sino para dirigirle a un poder mayor que debía encontrar en aquella situación de extrema debilidad.

Fue cuando había perdido todo –me dijo–, cuando encontró todo.

Pienso yo que la profundidad de su nueva fuerza fue tal que –aunque pensaba que abandonaría la prisión al primer año– continuó luchando durante siete años gracias a que encontró la fuerza en la oración. Nunca se quejó de los sacrificios que estaba haciendo. Fue en el momento en que debía ser el más desgraciado de los hombres, cuando la oración le enseñó que estaba imitando al más grande de todos ellos.

El que me sigue jamás caminará en la oscuridad, dice Cristo. Decía Tomás Kempis con verdad: "si queremos encontrar nuestro verdadero camino, sin tener ceguera en nuestros corazones, es su vida, su temperamento lo que tenemos que tomar como modelo". De este modo, cuando empezó una huelga de hambre en protesta por la sentencia del tribunal militar, sólo la abandonó a los 40 días, porque sus amigos le

pidieron no sobrepasar el tiempo del ayuno del Señor en el desierto. La oración le había dado esta fuerza de este modo.

Después de siete años en la cárcel, se fue al exilio. Pero volvió tres años después, cuando el peligro era todavía mayor para él. Como muchos de vosotros sabréis, fue asesinado en el aeropuerto: una bala en la nuca, disparada por su escolta militar, en una operación de la que formaban parte 2.000 hombres.

En el avión, manifestó a los periodistas el presentimiento de su muerte. Les advirtió que estuviesen atentos a ese momento, pues sería rápido.

Cuando la escolta militar entró en la cabina del avión, se levantó para que le reconocieran y se dirigió hacia ellos. Uno de ellos era un matón a sueldo.

La oración le dio la serenidad para escoger el tipo de muerte que quería, y la valentía para afrontarla e ir a su encuentro.

La oración me dio la fuerza para recibir las noticias que me llegaban. Lo tuve que hacer por él, por nuestros hijos. Y sobre todo por respeto a aquello en lo que él creía, pues podía ofenderlo con mi comportamiento.

Desde aquel momento, dependí más que nunca de la oración. Yo había confiado en ella para soportar su injusta prisión. Me sirvió para llenar las horas, días y semanas que transcurrían mientras la autoridad militar no me permitía visitarlo. Rezaba para no amargarme con la burla de su desgracia. Recé para no sufrir demasiado la humillación a la que fui sometida: los cacheos, la cámara de televisión en mi habitación, y tener que suplicar por cosas que consideramos nuestro derecho.

“Fue la oración la que hizo soportar la cárcel a mi marido. Allí fue privado de todo. Le negaron hasta el papel y la pluma para escribir.”

Pero todavía necesité más de la oración para afrontar la humillación de su asesinato, y los intentos del gobierno de culpar a un hombre que había muerto antes de la llegada de mi marido. Necesité la oración para poder ver el triunfo del mal sin perder la esperanza. Necesité la oración para no caer en la tentación final de la desesperación.

A veces, no estaba segura de para qué estaba rezando. No podía rezar por la seguridad de mi marido, pues el daño ya se le había hecho. No podía rezar para mostrarle mi cariño, porque ahora gozaba de un amor mayor. Por lo tanto, supongo que recé porque era lo único que me quedaba. No había ninguna fuerza humana que me pudiera ayudar.

Pensando un poco más, creo que al final recé sólo para tener la fuerza para aceptar la voluntad de Dios, que se manifestaba en unos caminos difíciles de seguir.

Recibí esta fuerza, y más todavía. No podía reconocerlo, ni siquiera para mí misma, pero el lado humano de mi persona deseaba alguna manifestación de apoyo, alguna prueba de que mi marido no había muerto en vano. También Dios escuchó esas palabras de oración.

Dos millones de personas –esto lo dice todo– asistieron al funeral de Ninoy Aquino: el funeral con mayor afluencia después del de Gandhi. Fue la primera y mayor manifestación de simpatía y apoyo que una persona o causa han conseguido en la historia de un país en un determinado momento.

No fue el final de la dictadura; pero debía de ser el principio del final. Lo que estaba claro es que se trataba del principio de algo nuevo. Se llamaría People Power, el Poder del Pueblo.

Volvería a establecer las pautas y la práctica de la política como siempre la habíamos conocido. Establecería el modelo de los movimientos de liberación en el Este de Europa. Culminaría con la demostración del poder del pueblo que rechazó el golpe de Estado en Moscú y acusó al gobierno de la China. Impondría un nuevo y más alto fin en la política: la recuperación del del pueblo para conseguir sus propios objetivos.

Verdaderamente fue la acción la que hizo recuperar la libertad a mi país, así como también la confianza en el poder de la oración de mi gente.

La oración y el liderazgo de la Iglesia católica animaron a millones de gente a levantarse contra la dictadura, a votar con una mayoría aplastante contra ella, y a denunciar su engaño.

Si uno no cree en los milagros, puede negar los testimonios de millones de personas que vieron a través de las cámaras de televisión a la gente rezar mientras los tanques se paraban justo delante de ellos. Antes de la famosa foto de prensa de un chino con una maleta parando una columna de tanques que se dirigían a la Plaza de Tiananmen, se vieron las imágenes de los filipinos arrodillándose en su camino.

Así pues, he perdido a mi marido; he mantenido una lucha difícil contra un dictador atrincherado; y he participado en unas elecciones en las que hubo un enorme fraude electoral; aunque al final vencí.

Reconocí el poder de la dictadura, pero sólo para abolirla. Disolví el parlamento de marionetas que había montado el dictador, rechacé las sentencias de sus corruptos tribunales, derogué la constitución de la dictadura para que no pudieran cometer abusos bajo la apariencia de legalidad, y establecí en su lugar un gobierno democrático.

Tenía el poder absoluto, pero limitado y reglamentado. Creé unos tribunales independientes para que pusieran en tela de juicio mi poder absoluto, y por último una legislación para quitármelo.

Establecí dolorosas e impopulares reformas, al mismo tiempo que hacía frente a los repetidos intentos de los más altos oficiales del ejército para derrocar el gobierno. Cuando el palacio presidencial sufría un ataque aéreo, no quise abandonarlo, absolutamente convencida de que la solución estaba totalmente en las manos de Dios. En las últimas elecciones de mi país, rechacé un intento de reparación por parte de personas vinculadas al régimen de la anterior dictadura.

Sobreviví e hice más de lo que los expertos pensaban que era posible. Todo esto lo conseguí gracias al poder de la oración y de la especial protección de la Virgen.

Por supuesto que no todo fueron oraciones. La gracia necesita de las acciones para obrar la Redención. Pero si tuviera que enumerar qué quiero que continúe de mi presidencia, saldrían a relucir una serie de cosas que surgen espontáneamente en la oración: tal como sinceridad, honradez, la solidaridad que se manifiesta en la naturaleza social del culto, y la necesaria universalidad de la oración. Porque no tenemos que pedir aquellas cosas que no queremos para otros: como el poder que no compartiremos, los

“Dos millones de personas asistieron al funeral de Ninoy Aquino: el funeral con mayor afluencia después del de Gandhi.”

privilegios personales, y aquellas ventajas que no tienen sentido si todo el mundo goza de ellas.

Ser sincero es ser sencillo. Ocurre lo mismo con la sinceridad en el gobierno: sé realmente tú mismo.

Ser auténticos también con las propias limitaciones, así sabes cuánto puedes confiar en ti mismo a la hora de juzgar a los demás. Esto sirve también, por supuesto, para ser auténtico con los demás.

Siempre he tenido problemas para tratar a la gente que desprecia la verdad, incluso en un detalle insignificante. El vicio de la mentira es como una bola de nieve. Crece conforme va rodando.

“Establecí dolorosas reformas, mientras hacía frente a los repetidos intentos de los más altos oficiales del ejército para derrocar el gobierno.”

Mientras estuve en la oposición, afronté las mentiras de la dictadura. Cuando estaba en el gobierno, pedí apertura en los actos oficiales, absoluta claridad en las acciones de gobierno, y transparencia, especialmente en aquello que hacía con dinero.

Me separé de aquellos que tenían segundas intenciones, aunque fueran prestigiosos. Defendí a quienes tenían como prioridad inmediata y como mayor preocupación el bien común, a pesar de las medidas impopulares que llevaron a cabo. Para todo el que estaba en el gobierno, pedí no sólo profesionalidad, sino también su entrega incondicional y el mejor de sus esfuerzos.

Los principios dan coherencia a la vida del hombre, le dan consistencia. Sin ellos, uno es un manojo de caprichos y manías. Si se transige con los principios, uno cae en el oportunismo salvaje.

Así es la política. Los principios dan coherencia al gobierno; son el punto de referencia de todas las relaciones entre el pueblo y el gobierno. La ausencia de éstos definen exactamente a un gobierno o a un funcionario como "sin principios": estas dos palabras lo dicen todo.

Sin principios, la ética necesaria para tomar decisiones se desintegra; las obras se desparraman, y -como el agua- bajan de nivel.

Un gobierno sin principios acaba buscando la paz sin justicia, simplemente para mantener la estabilidad al mismo tiempo que comete abusos. Simplemente por conveniencia política, buscará la reconciliación entre el pueblo y aquellos que han hecho mal al país mientras estaban en el poder, sin preocuparse la restitución. Más que cometer errores es el no castigarlos lo que arruina la integridad moral de un país.

Por supuesto que nadie puede ser honrado consigo mismo. ¿Quién puede reprocharle nada a nadie? Dios sabe más, y nosotros nos equivocamos al juzgar. Las enseñanzas de un santo pueden ser útiles para nosotros, pero no como receta para los asuntos públicos. Pero no podemos perder el sentido del bien y del mal, o quitar o poner el código moral para obtener una ventaja en una alianza política. El propio interés debe ceder ante lo justo, de modo que una persona o un gobierno deben estar dispuestos a permanecer en el poder o a abandonarlo de buena gana.

El gobierno no está para que se hagan las cosas sin más, sea como sea. Está para que se hagan cosas buenas, por unos buenos motivos y con gente buena. El valor más importante de las instituciones políticas es la justicia, no el propio interés.

Cuando estaba haciendo la campaña electoral, el dictador me acusó de algo que yo jamás pensé que fuera un crimen. Me dijo que yo tan sólo era un ama de casa y que no estaba preparada para gobernar el país. Entonces debo decir que yo no aumenté en 26.000 millones de dólares la cuenta de la compra de mi casa, ni me embolsé ningún dinero para ninguna otra cosa. Ni –debería añadir– disparé contra el cobrador.

Además, para animarlo, le dije que no tendría problemas en encontrar 50 personas competentes y abnegadas que me ayudaran en el gobierno cuando él se fuera.

Encontré los 50. Es cierto que algunos más se presentaron voluntarios después de mi nombramiento como presidente. Pero me di cuenta de que no bastaba con la competencia y la dedicación. Así como una sola persona no es capaz de llevar sola todo el peso del gobierno, era importante que la mayor parte de ellos fueran capaces de trabajar en equipo en paz y armonía.

La disposición para trabajar a gusto con los demás, para escuchar otros puntos de vista, para afrontarlos con la misma convicción que si fuesen propios, y para tener la suficiente flexibilidad para asumir las valiosas aportaciones de los demás: ésta es una condición fundamental para aquél que quiere servir a su país. Es una manifestación del espíritu de servicio. De hecho, ¿quién es capaz de hablar del verdadero espíritu de solidaridad con todo el planeta, si no consigue una solidaridad eficaz con aquellos con quienes trabaja codo con codo?

Los siete años de prisión de mi marido fueron duros, agravados por la conciencia de que éramos muy pocos para esa lucha tan grande. Después del asesinato de mi marido, estaba claro que no estábamos solos: había multitudes dispuestas a mantener tan apasionadamente como nosotros los mismos ideales. Había auténticas legiones llorando sentidamente la situación del país. Y lo que es más importante, estaban dispuestos a hacer algo por ello, a cualquier costo. El funeral de Ninoy Aquino puso en evidencia la difusión de la lucha por toda la nación. Las manifestaciones de adhesión en los últimos momentos de nuestra lucha contra la dictadura, que venían de gente y gobiernos de todo el mundo, mostraron su universalidad. El coraje, dijo Malraux, es una segunda patria, a la que todos los valientes sienten que pertenecen.

En febrero, durante los cuatro días en los que el pueblo filipino hizo frente a los tanques sin nada en sus manos, todos los valientes del mundo fueron filipinos. *Ich bin ein Berliner*, soy un berlinés, dijo Kennedy frente al Muro. Estábamos empequeñecidos por la ausencia de alguien, exaltados por el valor de alguien que, en algún lugar, hacía un sitio para la libertad.

Todos somos filipinos, dijeron los amigos de la democracia en todas partes, cuando comenzó el drama de la revolución de un pueblo que tomaba el poder.

Y cuando este modelo fue repetido en Europa del Este, nosotros nos unimos a los hombres libres y valientes de todas partes que gritaban: Somos berlineses, somos checos, somos polacos y húngaros, somos rusos en las escaleras de la Casa Blanca rusa,

**“Por supuesto
que no todo
fueron oraciones.
La gracia
necesita de las
acciones para
obrar la
Redención.”**

somos estudiantes chinos en la Plaza de Tiananmen. Pertenece a un solo mundo, y compartimos la responsabilidad de hacerlo mejor, como muchos otros, sean africanos o gente de Myanmar, junto con nosotros mismos.

El sentimiento de universalidad se manifiesta también en esto: gobernarán bien quienes no pidan para sí más de lo que van a dar a otros. Una máxima universal, la regla de oro. Es una guía infalible para las decisiones de gobierno: no imponer ninguna carga para la que uno no está preparado para llevar, no pedir ningún sacrificio que uno no pueda hacer. En pocas palabras, para poner un ejemplo: ser el primero entrar en la batalla, y el último en abandonarla. Éste es el mejor modo para obtener resultados y ganar en respeto.

El espíritu de universalidad ha vuelto a definir a los políticos, y los ha apartado de las maquinaciones para conseguir su propio interés, buscando ahora el beneficio del poder del pueblo y del bienestar general. Y esto requiere una mejora cualitativa en la personalidad y en las capacidades del pueblo. La multiplicación de la mano de obra no asegura el aumento de la producción. Es el aumento de sus capacidades lo que lo asegura. La cantidad de cabezas no mejora la calidad de las decisiones políticas: es la iluminación de la sabiduría popular lo que la consigue.

El principio de universalidad requiere una mejora de las posibilidades del pueblo —en sentido intelectual y espiritual— para gobernarse a sí mismos, por sí mismos. Sin los rectos valores en el pueblo, una democracia se convierte en una confederación de tontos.

“Durante los cuatro días en los que el pueblo filipino hizo frente a los tanques sin nada en sus manos, todos los valientes del mundo fueron filipinos.”

Si me preguntaran qué es lo que me gustaría que se continuara de mi gobierno: creo que serían estas realidades intangibles más que una determinada política, que en este momento es lo más necesario para el país. Las circunstancias cambian y las tendencias internacionales pueden variar de rumbo; nuevos intentos pueden servir al país de una manera más apropiada que los que he explicado.

Pero lo que no cambia son los elementos para tomar buenas decisiones y políticas acertadas: sinceridad, honradez, solidaridad, universalidad y por supuesto —en reconocimiento de la verdad política de que el hombre propone y Dios dispone— oración.

La oración: con la que los grandes se hacen más humildes y más aptos para el gobierno. La oración, que da fuerza al débil y dignidad al humillado. Hay lenguas que se adecúan mejor que otras para expresar ciertas realidades. El inglés para el derecho y la banca, el francés para la diplomacia, el italiano para la poesía, el español para la piedad, el alemán para la tecnología, el japonés para el comercio, y el chino —se dice— para cualquier cosa en el futuro. Pero sólo hay un lenguaje para llegar a esa realidad mejor que está detrás de esta otra. Es la oración, el hablar con Dios. Se puede hacer en cualquiera de las lenguas que he enumerado, porque se realiza menos con la voz y más con la disposición de corazón y el ánimo de espíritu. Es aquello que nos prepara para cualquier imprevisto, y te ayuda a afrontar cualquier desagradable sorpresa. Es lo primero que aprendes cuando llegas al mundo, y lo último que harás cuando te vayas. Puede parecer una tontería, ahora que encuentras el apoyo de tantos en este auditorio. Pero cada uno de vosotros debe encontrarlo a solas en los momentos difíciles, tal como yo hice. Entonces, sin tener nada en las manos, las encontrarás llenas de oración.